

La última

mirada

Eran casi las seis de la mañana cuando el despertador comenzó a sonar, la mujer aún tardó unos instantes en sacar un brazo de debajo de las sábanas y apagar el reloj que reposaba sobre la mesilla. Perezosamente se dio la vuelta, tanteando en el otro lado del colchón. Lucía abrió un ojo, sorprendida, al darse cuenta de que Ricardo no estaba allí. Sin retirar la mano aún del hueco vacío, volvió a entregarse al sueño. Después de remolonear unos minutos más, lanzó un suspiro a la almohada y se decidió, por fin, a abandonar el cálido lecho.

Cuando abrió la ventana, dejó que el aire le acariciara la cara a pesar del escalofrío que le producía aquella suave brisa casi primaveral. Lucía era una mujer joven, de unos veintiocho años, no demasiado alta ni delgada, de pelo claro, sin llegar a ser rubio, y cara redonda, con grandes ojos azules.

Al llegar a la cocina, musitó un somnoliento “Buenos días” a Ricardo, el hombre dejó lo que estaba haciendo y la abrazó, murmurando en su oído: “Felicidades, cariño” y depositando en una de las manos de ella un pequeño paquete rectangular. Lucía sonrió, susurrando a su vez: “Felicidades, Ricardo”. Cuando se separaron, después de un beso apasionado, la joven fue a buscar el regalo que tenía para él. Se le entregó antes de que se sentaran, como cada día, a desayunar. Juntos, abrieron sus regalos, él le había regalado un bonito collar con dos corazones entrelazados y ella, una pulsera de plata con su nombre grabado en la parte delantera y la fecha de su boda en el reverso. Lucía dejó que fuera Ricardo quien le pusiera el collar, notando la suavidad con la que sus manos acariciaban su cuello.

Mientras mojaban su ilusión y su felicidad en el café, sus miradas se encontraron. Quizá fue sólo un instante, pero ambos pudieron sentir la felicidad del otro, el amor que les embargaba y que durante aquellos años no había

hecho sino aumentar. Se sonreían, delatando el brillo de sus ojos su complicidad. Hablaban de que les parecía mentira que aquellos tres años desde que se había casado hubieran pasado tan deprisa, no lo podían creer. Y pensar que tan sólo faltaban algo más de tres meses para que naciera su hija Sara...

Aún no habían dado las siete de la mañana cuando Lucía y Ricardo se separaron en el portal con un beso, encaminándose ella hacia su coche, aparcado a unos veinte metros desde la entrada al bloque de pisos, mientras él descendía la calle en dirección a la estación, donde como cada día cogería el metro para ir a trabajar a Madrid. Normalmente, ambos viajaban juntos en el tren al trabajo, pero aquel día Lucía tenía que hacer diferentes gestiones, así que prefirió usar su coche.

Lucía suspiró mientras se frotaba las manos, acababa de arrancar el coche pero aún hacía frío allí dentro, aunque ya estaba amaneciendo. Esa noche había caído una helada típica de aquella zona en esas fechas, cuando la primavera ya estaba cercana. Como viajaba sola y no tenía ningún tipo de conversación, encendió la radio y sintonizó las noticias.

Ricardo llegó a la estación unos minutos antes de la salida del tren, aunque este ya estaba en las vías. Era un hombre de treinta y dos años, moreno y bien proporcionado, de pelo casi rubio y ojos verdes.

Se sentó en el mismo compartimento que todos los días, saludando por su nombre a algunas de las personas que ya estaban sentadas o que iban llegando, puesto que coincidían allí todas las mañanas y ya se conocían. Hablaron de todo un poco, del tiempo, de sus trabajos y de sus

preocupaciones. Pero nadie se dio cuenta de una mochila que había unos asientos más allá, cerca de la ventana, que parecía estar olvidada...

Como cada día, el tren partió a las siete y cuarto de la mañana, llevando en su interior a una pequeña parte de los trabajadores que comenzarían su actividad laboral un rato más tarde. En el vagón todo sucedía como cada día, algunas personas habían entablado conversaciones mientras que otros aprovechaban ese rato para adelantar trabajo con sus ordenadores portátiles, para leer algún libro o periódico, o para disfrutar de los minutos de sueño.

El tren de cercanías estaba llegando a la estación de Atocha cuando el reloj marcaba las ocho menos veinticinco, pero, de pronto, todo se detuvo.

De repente, varios vagones explotaron, entre ellos, aquel en el que viajaba Ricardo. Lo que sintieron en ese momento fue un fuerte ruido y una fuerza que les atravesó y les desplazó unos cuantos metros. El dolor vino unos minutos después, cuando ya se había formado una espesa humareda que lo envolvía todo y la gente fue empezando a ser consciente de lo que ocurría.

Lucía estaba aparcando su coche cuando oyó una noticia en la radio que la conmocionó e hizo que se detuviera por completo: "Lamentamos interrumpir nuestra programación habitual para informar de una noticia que acaba de tener lugar en la capital española. Según la información que hemos recibido, han hecho explosión siete artefactos entre las cercanías de la estación de Atocha o en su interior, dos bombas en la estación del Tío Raimundo y otra en la estación de Santa Eugenia. Aún no tenemos datos de los heridos que hayan podido causar estas explosiones, por lo que seguiremos informando, aunque parece ser que se han adaptado las instalaciones deportivas Daoíz y Velarde

como hospital de campaña, en la calle Téllez, para atender a los afectados. Además, los hospitales están necesitados de sangre para donaciones, por lo que rogamos a todos aquellos que...”

La mujer, sin pensar y muy asustada, se bajó del coche y fue casi corriendo a la parada de autobús más próxima. Sólo una palabra resonaba en su mente: Ricardo.

Mientras Lucía esperaba a que el autobús llegase, primero, y a que este la dejase cerca de la estación de Atocha después, la mujer no dejaba de mirar el reloj, observando la asombrosa lentitud con que avanzaban las manecillas. Ya había llamado un par de veces al móvil de Ricardo, pero todas sus llamadas habían sido infructuosas.

Unos minutos después, Lucía llegó a la estación y, tras preguntar un par de veces, entraba en el hospital de campaña que se había instalado cuando ya eran más de las ocho y media de la mañana.

Lo que había visto hasta entonces la había dejado sobrecogida: los vagones destrozados, los heridos que continuaban siendo evacuados y atendidos, las personas que voluntariamente se iban acercando para ayudar o con mantas para los heridos y los periodistas que habían acudido a cubrir la noticia.

Según avanzaba por el pabellón entre las filas de heridos, Lucía se temía lo peor por Ricardo. Le habían dicho, al preguntar a un enfermero en Atocha que los heridos del tren que había hecho explosión en aquella estación habían sido trasladados a aquel pabellón, pero Lucía, para su desesperación y angustia, no era capaz de ver a su marido.

Seguía caminando entre gente inconsciente o sedada, gente bañada en sangre y que había perdido algún miembro de su cuerpo, gente agonizando mientras

murmuraban en susurros unas palabras ininteligibles,... Mientras avanzaba, sólo un pensamiento existía en su mente: “¿Por qué?

De pronto los vio. Jamás podría haber reconocido en aquel cuerpo cubierto por una manta a su marido sino hubiera sido por la pulsera que le había regalado tan solo unas horas antes...

Se arrodilló a su lado y cogió una mano del hombre entre las suyas; entonces, al sentir el contacto, Ricardo abrió ligeramente los ojos y susurró:

-Lucía,... Lucía,... ¿Por qué?

Al verle allí tendido, tan herido, bañado en sangre,... la mujer no pudo evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos. Al verlo, el hombre estiró lentamente el brazo y, con el dorso de la mano, se las secó.

-No llores,... Lucía,... Tienes que ser fuerte,... tienes que cuidar de ella,... hablarle de mí,... -decía, señalando el vientre de la mujer.

A Ricardo le costaba mucho pronunciar aquellas palabras, pero mientras hablaba sus ojos habían buscado los de su esposa, regalándole una mirada clara, llena de amor.

-Te quiero,... Lucía,... te quiero...

De los ojos de la mujer seguían manando lágrimas desconsoladas, aunque seguía sin apartarlos ni un instante de aquellos ojos verdes que le regalaban una última mirada. Una mirada llena de amor y de cariño, pero también de incomprensión por lo que había sucedido y de miedo por lo que se avecinaba.

Poco a poco, aquella última mirada que Ricardo regalaba a su mujer se fue extinguiendo, se fue apagando,... hasta que sus ojos se cerraron.

Lucía se quedó allí, llorando desconsolada, abrazando el cuerpo ya inerte de su esposo, mientras a su alrededor los médicos y enfermeros se afanaban en seguir atendiendo a los heridos.

A las seis de la mañana, como cada día, el despertador comenzó a sonar. La mujer lo apagó y se dio la vuelta, extendiendo su brazo derecho y tanteando con él al otro lado de la cama. Pero, como cada día, su mano sólo encontró el colchón, el hueco vacío de alguien que hacía mucho que ya no dormía allí. Al darse cuenta, Lucía abrió los ojos. Aún podía ver el cuerpo de Ricardo, sus ojos verdes con aquel brillo tan peculiar y aquella sonrisa con la que todas las mañanas le deseaba los buenos días.

La mujer no quiso evitar que las lágrimas escaparan de sus ojos al recordarle. Ya hacía ocho años desde su boda, pero sobre todo, ya hacía cinco años desde aquel fatídico jueves once de marzo. Aquel día en el que había acabado la vida de su marido, y con ella un pedacito de su alma, en ese atentado para el que todavía Lucía no ha logrado explicarse el porqué.

Habían sido cinco largos años de sufrimientos, de pena y tristeza, de añoranza,... habían sido cinco años en los que cada día, cada momento, había echado tanto de menos la presencia y la compañía de Ricardo a su lado,... En ese tiempo, Lucía había llorado muchas veces por las noches, le hubiera gustado tanto haber compartido con su marido el nacimiento de Sara y todos sus avances y progresos, como cuando había aprendido a hablar y andar,...

Había hablado muchas veces de Ricardo a su hija, del padre que Sara nunca llegaría a conocer,...

La mujer se secó el rostro, empapado en lágrimas antes de ir a despertar a Sara porque no quería que su hija la viera tan desconsolada.

-Vamos, Sara, cariño. Tienes que darte prisa, porque sino vas a llegar tarde al cole. Venga, vamos, despierta. –le decía Lucía, mientras la daba un beso y le acariciaba sus cabellos.

La niña, que dentro de tres mese cumpliría cinco años, abrió los somnolientos ojos verdes. “Sí, pensó Lucía, quizá ese fue el último regalo que me hizo Ricardo: dar a nuestra hija su misma mirada para que cuando la mire le pueda seguir viendo en sus ojos”.

- Alba Zarza Arribas –